



BEATRIZ BRANIFF, LA POCHTECA QUE CONQUISTÓ EL NOROESTE.

A propósito de lo que debió ser un gran homenaje y se convirtió en un gran desafío.

Cuando pienso en la Beatriz me surgen muchas imágenes difíciles de ordenar, que se suceden y se entremezclan, caras que se superponen, fragmentos de emociones, aromas del tiempo que van y vienen, el eterno conflicto entre lo que soy ahora y lo que pude haber sido.

Recién egresadas de la ENAH y arrastrando el pesado lastre mesoamericano, la Elisa y yo pusimos pie en “tierra incógnita”, “entre las gentes más bárbaras del nuevo orbe”, por segunda vez en un lejano 1978, más lejano en el tiempo que en mi memoria, para rescatar nuestras identidades atrapadas entre un pasado que nos encasillaba y un futuro que ya nos avasallaba.

La Beatriz nos enseñó el presente, mezcla de arrogancia y humildad, nos guió por senderos que habrían de convertirse en veredas y volverse de nuevo estrechos pasos entre el conocimiento y la ignorancia. De ella aprendí que la arqueología, al igual que la vida, es trabajo de tiempo completo, un modo de vida. Le aprendí que los esquemas estaban hechos para romperse, reinventarse y volverse a romper. Fue una época de privilegios, como pocas: privilegio de amistad con ella y con su familia extensa; privilegio de desandar las rutas de los pioneros con asombro y afán de descubrimiento; privilegio de confrontar mi pequeño bagaje de experiencias y conocimientos con los retos cotidianos de un mundo nuevo, agreste y sin nada de reverencias.

Eran tiempos de pueblo chico que se resistía a convertirse en infierno grande, excepto por los calores que no se podían combatir con aire acondicionado. Las imágenes de la Beatriz ahora se entrecruzan con las de Deby y sus muñecas, la de mi Charlie, las de la Negra y la Ofelia y, sobre todo, del reinis, querido Arturo, referente de compromiso político y de búsqueda constante de equilibrio en el eterno conflicto que envuelve las relaciones humanas.

Donde el recuerdo de la Beatriz se hizo más puntual y punzante fue en mi formación como investigadora: desde el primer momento fue generosa, paciente, si es que este concepto le era aplicable y deseosa de guiarnos por el difícil camino del aprendizaje y de las complejas relaciones académicas. Empezamos la Elisa y yo, a voltear la mirada más hacia el Suroeste de los

Estados Unidos pero ella nunca nos permitió que olvidáramos de nuestro “lado mesoamericano”. Nos atrapó en su red de relaciones y compartió con nosotras el placer de convivir y aprender de Charles DiPeso, Julian Hayden, Emil Haury, Tom Bowen, de Felger, Nabham, Linda Cordell, Isabel Kelly y Randy McGuire, quien pronto se convirtió en un gran amigo e interlocutor académico.

A finales de 1978 la Braniff nos propuso a la Elisa y a mi, que efectuéramos un recorrido desde Guaymas hasta Mazatlán, junto con Julio Montané, otra gran pérdida reciente. Este recorrido se amparaba en el programa de Catálogo de Sitios del Centro Regional del Noroeste, pero la intención de la Beatriz era involucrarnos en el quehacer arqueológico de la porción sureña del Noroeste, la más susceptible de interacciones con Mesoamérica. Además nos empujó a disfrutar de las maravillas del Noroeste, sus paisajes, sus pueblos, la gente, las fiestas, la comida, la bebida. No puedo olvidar que la Beatriz hizo de su vida la arqueología pero tenía alma y formación de antropóloga: con ella deambulamos por las comunidades indígenas, por las misiones, por las colonias urbanas, por los pueblos arrasados por los apaches, por la frontera actual, por Naco, por Nogales, por Palomas, por la Sinaloa de narcos que entonces no era peligrosa, por donde se pudiera, pues era vaga por naturaleza y tenía la capacidad de enlazar todas estas vivencias, todos estos paisajes, todas estas formas de ser a una interpretación antropológica que culminaba en la arqueología. Una vez, estando en Vicam Pueblo me dijo: “Fíjate, aquí comienza el uso del rebozo: nos estamos acercando a Mesoamérica.”

En una travesía por la frontera mesoamericana, desde Hermosillo bajamos a Copala en Sinaloa, subimos a Durango y de allí a San Luis Potosí para llegar finalmente a la ciudad de México. Este recorrido fue maravilloso en lo académico, pero lo que quedó más impreso en mi memoria fue la intensidad de la convivencia, sus inagotables anécdotas, sus amigos, los lugares “monos” que proponía para comer o dormir. En ese viaje subiendo en su safari por el “espinazo del diablo”, antes de Ciudad Madera, en una gasolinera, un trailerero la felicitó por su forma de manejar, lo que nos remontó a sus incursiones en los autos de carreras.



MEMORIAL DE BEATRIZ BRANIFF

ANA MARÍA ÁLVAREZ PALMA
Centro INAH Veracruz, Unidad Xalapa

Engendro de todos estos aprendizajes, “provocaciones” diría yo, en 1979 nació el Proyecto Huatabampo, en el sur de Sonora y norte de Sinaloa, avalado académicamente por la Beatriz y que generó mi tesis de licenciatura, dirigida por ella misma y que fue un punto de llegada y de partida de mi trayectoria académica. Después de tantos años, creo que mi mayor agradecimiento a la Beatriz fue ayudarme a rehuir del canto de las sirenas mesoamericanas, mortal y seductor: en la excavación de Huatabampo entre otras cosas encontré ofrendas múltiples, ricas en materiales con fuerte carga simbólica: turquesa, vasijas semicompletas y ornamentos de concha. Había navajillas prismáticas y muchas figurillas, íconos mesoamericanos. Confieso que en un primer momento le oculté esta información, no la invité a la excavación quizá por el miedo a desencadenar toda una serie de inferencias cuando todavía no entendía bien el motivo de su presencia. Cuando finalmente se lo comenté, venciendo mis dudas y resquemores, ella se me quedó viendo, entrecerró un ojo y torció la boca, pero sus palabras no fueron de desaprobación, sino de emoción: me dijo “que suave, vamos a ver los materiales” y comenzó a proporcionarme información sobre el sitio de Snaketown en Arizona, que en parte me ayudó en la interpretación de mis contextos.

Ahora sabemos, por las investigaciones recientes del proyecto de John Carpenter y lo que me correspondió gracias a la provocación de la Beatriz, que el sur de Sonora, esta “pobre zona marginal”, participó en el proceso de agricultura temprana y en la dispersión de las razas de maíz y tuvo un papel sobresaliente en las interacciones costeras entre el Norte y Sur reflejadas en esas ofrendas o conjuntos de intercambio, y que posteriormente durante el periodo Guasave, incorporarían elementos mesoamericanos y los resignificarían en calidad de bienes de prestigio para legitimación de grupos de poder.

Su visión, de gran amplitud y alcance, la empujó, nos empujó a la Elisa y a mí, a la búsqueda de interpretaciones basadas en procesos históricos y sociales, las que ella plasmó en su inmensa producción académica, especialmente en sus múltiples tesis de grado. Aquí es donde entró en juego la Beatriz de frontera en el sentido del Noroeste, de frontera de inclusión, de enlace y nuevas construcciones, no exclusión como suele manejarse el concepto en Mesoamérica. Esta visión unió al

Suroeste con Mesoamérica y recreó la Gran Chichimeca, unió a mexicanos y gringos, unió a sonorenses con guachos. La Beatriz pochteca abrió brecha en el cerrado ambiente académico del Suroeste, obligó a los investigadores a reconocer el trabajo de los nortños, a ellos los hizo leer en español y a nosotras nos hizo exponer los *following papers* en inglés.

Conjuntó todos estos elementos, a veces disímbolos, a través de la discusión y del cuestionamiento que imponía. En esto era imparable: alguna vez Amalia Attolini dijo que cuando la Beatriz levantaba la mano para intervenir, “agárrese quien pueda” porque seguramente lo que iba a decir no iba a ser ni suavecito, ni matizado. Era impertinente y transgresora, cualidades que ella atribuía al psicoanálisis, pero en realidad pienso que el psicoanálisis sólo contribuyó a reforzarlas.

No puedo negar que hubo señores que marcaron mi paso por el Noroeste, pero en estos laberintos de la memoria, mi mente se guía y se deslumbra con el recuerdo de todas las viejas sonorenses: la Ana, compañera de la cofradía de la “vela perpetua”, que el año pasado decidió emprender su último viaje; la Berta, que ponía orden y nos educaba en los sabores de la comida nortña, que es mucho más que carne asada; la “vieja chora” -la Lucina-, que me cuidaba y me iniciaba en la cultura pima; la rejega de la Pérez, doctora del cuerpo y del alma, como la Elisa y yo sonorenses por adopción, la Rina Cuéllar de Culiacán y muchas más cuyas imágenes se han diluido en algún momento, pero están regresando por sus fueros, recreándose entre realidad y ficción.

Todas fuimos parte de la pandilla, copartícipes y cómplices de los arranques e invenciones de la Beatriz, todas nos amarramos el paliacate, a todas en algún momento nos cobijó, hasta que llegó el momento de emprender el vuelo por nuestra cuenta. Los caminos se separan, la cotidianidad se rompe, puede llegar a dominar el sentimiento de pérdida, pero permanecen las marcas impresas en el alma en un periodo de nuestra vida tan importante, que sentó las bases de lo que hemos sido y de lo que somos ahora y nos dio la esperanza de trascender. A la Beatriz le debemos una buena parte de lo que somos y por ello le estoy muy agradecida. ☺